

Síntesis de las deformaciones estructurales.

Extractivismo y efectos: vulnerabilidad; crisis y deterioro

1. Introducción

A lo largo de este curso (2018-19-20), hemos revisado el nivel de las deformaciones estructurales a partir de la interrelación entre capitalismo y dependencia. Lo hemos visto en: relaciones externas e internas, productivas y financieras. Y además en los niveles correspondientes a sus efectos económicos (inflación y resultados macro), y sociales (pobreza), que nos acercan a los fenómenos de superficie.

En nuestro esquema por niveles, el referido a las deformaciones estructurales resulta crítico porque enlaza los niveles más profundos (modo de producción y dependencia) con los niveles más cercanos a la superficie.

Sin embargo, debemos tener presente, que los temas abordados son sólo ejemplificativos respecto a nuestro objetivo: demostrar es posible realizar un diagnóstico objetivo.

No hemos podido abarcar el terreno completo. En parte por el factor tiempo, y en su mayor proporción, por mis limitaciones físicas e intelectuales. Jamás podría reemplazar lo no realizado desde fines del S. XIX.

Por eso hemos revisado sólo temas específicos a fin de aplicar la metodología propuesta, y así poder evaluar la viabilidad de su instrumentación.

En esos ejemplos de deformaciones estructurales sobresalen temas tales como: fuga de capitales; déficit de los resultados macroeconómicos; deterioro del capital físico (agro, infraestructura); deformaciones industriales; ausencia de crédito interno, etc.; y sus efectos más inmediatos: endeudamiento, inflación, devaluación, pobreza, etc.

Es un verdadero “laberinto de Creta” y debemos encontrar, “el hilo de Ariadna”. Al ir desenmarañando la madeja hemos encontrado un patrón básico, “la punta del hilo”: un definido sesgo hacia la explotación de recursos naturales.

Basar el desarrollo integral (económico, social, ambiental e institucional) en la explotación de recursos naturales. Algunos autores en Argentina (Teubal, Svampa y otros) lo han llamado “modelo extractivista”.

2. El papel de los recursos naturales en la economía argentina

Analizaremos su composición, historia, exportación, y la estrategia de los países centrales.

2.1. Composición de los recursos naturales

Los recursos naturales cubren una amplia gama de actividades: bosques, minería, hidrocarburos, agricultura, plantaciones, ganadería, pesca, etc., complementada con su industrialización inmediata para facilitar su exportación, pero con bajísimo valor agregado: frigoríficos, aceiteras, molinos, etc.

Incluso el concepto de recursos naturales debería ampliarse a:

- La tierra urbana, objeto de especulación. En lugar de dedicarla a reserva de tierras para controlar esa especulación, a pulmones de oxígeno y recreación, está orientada hacia la construcción. Incluso ocupando bosques y humedales de la periferia de las grandes urbes para hacerlas aún mayores;

- Actividades donde el avance tecnológico permite usufructuar otros bienes de la naturaleza: espectro de ondas (radio, televisión, telefonía móvil y satelital); redes en el ciberespacio; industria espacial (manufactura en ausencia de gravedad y/o atmósfera); minería espacial (en otros planetas, satélites, asteroides, etc.).

En los recursos naturales también debemos diferenciar entre agotables y renovables. Sin embargo, las prácticas de explotación depredadoras, los unifican.

Cuando se trata de actividades agotables, su horizonte de reservas, depende de la intensidad de su explotación: minería, hidrocarburos, etc. Pero en el resto de casos, es decir, en los recursos renovables (bosques, pesca, tierra agrícola, etc.), su explotación irracional, los iguala a los agotables: tala de bosques para madera, insumos químicos o tierras agrícolas, no reemplazados; pesca intensiva superando su potencial de reproducción biológica; manejo irracional de suelos (sin diversidad ni rotación para reposición de nutrientes) que conlleva graves efectos erosivos.

2.2. Aspectos históricos

En el modelo socio-económico de Argentina, el tema de los recursos naturales resulta central. No solo en las últimas décadas, sino a través de siglos. Y deriva del papel desempeñado en el sistema colonial. Éste, y otros territorios del planeta, no fueron diseñados para resultar futuros países soberanos, sino como regiones proveedoras de metales preciosos, materia prima y alimentos.

Fue el versus de lo sucedido históricamente en los países centrales. Desde el punto de vista económico, fueron modelados como países soberanos, es decir, no solo la decisión política de ejercer soberanía, sino también, dotados de condiciones objetivas para hacer posible adoptar decisiones autónomas respecto al resto del mundo.

Bajo ese criterio, en los siglos XVI a XVIII, en los países hoy desarrollados, predominó la concepción económica del mercantilismo. Bajo esa orientación, la acumulación de riqueza y por ende la capacidad de autonomía, solo resulta posible a partir de un comercio exterior con resultados positivos. De esa manera fueron modelando un aparato productivo apto para lograr ese objetivo.

En cambio, el resultado del comercio exterior en las colonias, no tenía ninguna importancia. El peso relativo de las exportaciones en esas regiones dependía del tipo de recurso natural extraíble, de las tecnologías disponibles y de las formas y evolución del consumo prevaleciente en las metrópolis.

Así hemos pasado desde la plata del Potosí (por aquellos años parte del Virreynato del Río de la Plata), a la lana de ovejas de la Patagonia, a la explotación de bosques de “La Forestal”, a la provisión de carne, y a la ampliación de la frontera agrícola con los cereales y oleaginosas y culminando con la sojización.

Y hoy, la apuesta de las corrientes mayoritarias, sigue ligada a los recursos naturales: al litio contenido en los salares; a los hidrocarburos en los esquistos bituminosos de Vaca Muerta; a la energía contenida en granos y plantas (biocombustibles); y a la explotación de minerales y metales preciosos a cielo abierto.

Durante siglos, los recursos naturales no solo fueron la base material de las economías periféricas, sino también acompañada desde la metrópolis, creando una imagen acorde a sus necesidades coloniales: la riqueza de un país sólo puede emerger de la explotación intensiva de sus recursos naturales y su correspondiente exportación.

Y en Argentina esto marcó a fuego las estrategias de todos los gobiernos, a lo largo de su historia. Incluso cuando ya se había modificado el criterio de riqueza y pasó a ser la acumulación, a partir del capitalismo. Así como antes se mencionaba la “salvación del país con una buena cosecha”, ahora son los hidrocarburos de Vaca Muerta o el litio de los salares.

Incluso algunas corrientes se orientan, y de manera explícita, hacia una estrategia destinada a profundizar y consolidar esa tendencia. Y al viejo eslogan de “Argentina, granero del mundo” lo actualizan con “Argentina supermercado del mundo”.

Otros lo hacen a través de supuestos signos de modernidad, tales como pasar de la producción de alimentos a la producción de energía a través de los biocombustibles, de los hidrocarburos tipo “shale” y del litio para las baterías. Pero siempre impera el mismo sesgo: el crecimiento y desarrollo social solo es posible a partir de la explotación intensiva de los recursos naturales.

2.3. La exportación de recursos naturales

Otorgar prioridad a los recursos naturales surge a partir de una falencia objetiva: el déficit de divisas, el principal talón de Aquiles de la macroeconomía argentina. Y esas divisas, históricamente han sido provistas por los recursos naturales. En nuestro caso en particular, por las tierras orientadas al cultivo agrícola y ganadero.

Si ubicamos históricamente la exportación de recursos naturales, sin, o con bajo valor agregado debido a su elemental nivel de procesamiento, encontramos las actividades tradicionales de Argentina, algunas, con siglos de actividad. Ya en el siglo XVII, desde su actual territorio se exportaba carne bajo la forma de tasajo (charque).

Algunos autores provenientes de corrientes populistas, proclaman su vocación industrialista y reivindican el periodo 2003-15 donde se habría llegado a torcer esa tendencia. Y muestran cifras donde, de manera transitoria (2010-12), la manufactura de origen industrial (MOI) encabezó la estadística exportadora, desplazando de ese lugar a la manufactura de origen agropecuario (MOA).

Esta reivindicación de un supuesto periodo industrialista tiene dos gruesas falencias. Analiza solo las exportaciones de manera aislada y además, en ese nivel de exportaciones, existen datos manipulados.

Bajo el análisis aislado de las exportaciones manufactureras, consiguen un efecto fundamental: ignorar la evolución de las importaciones industriales. En ese sentido se incrementó la dependencia comercial y tecnológica en gran escala por un incremento sideral del saldo en el comercio de manufacturas por la tendencia a importar cada vez, mayor proporción de componentes (autos, celulares, etc.)

Por otra parte la manipulación de los datos se refiere a información amañada de la exportación de manufactura. Esos datos incluyen en MOI, ítems muy cercanos a las formas primarias. Es el caso de la exportación de oro con cifras records en la segunda década de este siglo. Esa exportación, una actividad minera primaria, figura en la estadística como manufactura industrial, pues el oro se exporta en forma de lingotes.

Transformar el oro, de su estado natural a lingotes, sólo requiere calentarlo hasta hacerlo líquido, verterlo en una horma, y dejarlo enfriar. Y solo por este elemental procedimiento figura junto a la exportación de bienes de alta complejidad.

Esas exportaciones de oro llegaron a ser muy altas. De un promedio anual de 120 millones de dólares en 1999-2006, pasó, en 2010-15 a un promedio de 2.366 millones,

y sigue en ese nivel. En pocos años crecieron casi 20 veces e hicieron posible generar, de manera artificial, una mayor exportación industrial.

Mientras en aquel primer periodo representaba el 1,38 % de la manufactura exportada, en el segundo de ellos, pasó a resultar el 9,71 % del total manufacturero. Luego, a partir del año 2013, la exportación de MOI vuelve a quedar tras la MOA, pero ya debido a un deterioro generalizado de la exportación manufacturera.

La falsedad de esa estadística surge al revisar cómo resolvieron problemas similares en el sector agropecuario: cortes de carne, aceite, “pellets” (desperdicios) de soja, leche y similares, por su muy bajo valor agregado no se incluyen en la exportación de manufactura industrial. En ese sentido crearon una categoría específica de MOA (Manufactura de Origen Agropecuario) para las exportaciones donde la mayor incidencia en el vector de costos es de la materia prima agraria.

Incluso existe un equivalente a los lingotes de oro, y originado en la minería. Son los “tochos” de cobre, también con un procesamiento elemental, equivalente al del oro. Y ese cobre figura entre las exportaciones primarias junto a los granos.

Debieron haber creado una categoría especial, equivalente a MOA. Sería la “Manufactura de Origen Minero” (MOM), dando cabida tanto a los lingotes de oro como a los tochos de cobre y productos similares, y evitar figuren en categorías tan disímiles como “manufactura” y “producción primaria”.

La preeminencia de la exportación de recursos naturales surge de la relación de **Productos Primarios, + MOA + Hidrocarburos**, respecto al **Total de Exportaciones**, con un promedio del 68 % del total en los 27 años desde 1992 hasta 2019.

2.4. La estrategia de los países centrales

En Argentina, la explotación de recursos naturales no solo es una práctica de siglos. Conlleva una ideología donde el crecimiento y desarrollo social en la periferia sólo es posible en base a la explotación intensiva de sus recursos naturales. Y originada en el interés de los países centrales por este tema.

Históricamente fue la necesidad de obtener alimentos y materia prima barata, pero fue potenciada a partir de la toma de conciencia (Club de Roma-1973) del déficit potencial de recursos naturales en el planeta. La causa es una sociedad basada en el consumo indiscriminado y el desperdicio de recursos, que los agota y/o depreda, pero a cuyos beneficios no quieren renunciar.

Esto modificó su estrategia: ahora incentiva su explotación en gran escala, pero localizada en la periferia para evitar sus efectos negativos (en particular, económicos y ambientales) en la propia región. Y lo hacen por vía de los flujos de tecnología y capitales de las empresas multinacionales especializadas, bajo la forma de inversión de sus filiales en la explotación de este tipo de recursos, en la manufactura de sus insumos y en su comercialización interna y externa.

Y de paso, potenciar las creencias autóctonas respecto al papel central de los recursos naturales. Allí aparecen frases repetidas hasta el hartazgo tales como: “producimos alimentos para 400 millones de personas”; “disponemos de energía ilimitada en Vaca Muerta”. Y lo más desgraciado del caso, recitadas a modo de salmo religioso, incluso por sectores progresistas (Ver Pobreza, 5.2.2.).

Esta combinatoria perversa, de la creencia de un designio histórico, potenciado por la presión externa, tiene como resultado, las propuestas de las corrientes mayoritarias,

orientadas hacia una salida de Argentina, en base a la explotación de sus recursos naturales.

3. Los recursos naturales en Argentina

Una reciente estadística del Banco Mundial pone en duda este criterio. A inicios del año 2018 se conoció un trabajo comparado de la dotación de capital por habitante en todos los países del mundo.

A ese capital lo clasifican en capital producido, capital natural y recursos humanos disponibles. Y se cuantificó como, la sumatoria descontada del valor de las rentas generadas durante la vida de cada uno de esos activos.

Y en el “capital natural” incluyen los recursos naturales: energía (petróleo, gas y carbón), minerales, tierras agrícolas, bosques y áreas protegidas, con la sola exclusión de las áreas marítimas.

A pesar de sus deficiencias conceptuales y metodológicas, el sólo hecho de haber medido a 141 países con similar criterio, le otorga un valor indiciario muy importante. A partir de ese trabajo podemos hacer una relación entre la proporción de recursos naturales respecto al total del stock de riqueza, y el nivel de ingreso medio de los países.

Los países con mayor proporción de capital global en forma de recursos naturales (47,11 %) son los de bajos ingresos, mientras en la otra punta de la tabla, los países de altos ingresos solo detentan el 2,75 % de recursos naturales en su dotación de capital total. En esta última categoría han exceptuado a un puñado de países de altísimos ingresos provenientes de una alta dotación de recursos naturales. Es el caso del petróleo en los países de Medio Oriente.

Y entre ambos extremos, (bajos ingresos 47,11 %; altos ingresos 2,75 %), los países de ingreso medio bajo con 26,78 % y los de ingreso medio alto: 16,81 %.

El grupo de menores ingresos detenta la mayor abundancia relativa de ese tipo de recursos. Y a medida que ascendemos en la escala de ingresos, el porcentaje de recursos naturales en el capital total cae de manera estrepitosa. Una correlación inversa perfecta entre el nivel de desarrollo y la disposición relativa de recursos naturales. Al menos coloca entre paréntesis la posibilidad de lograr ese desarrollo, a partir de este tipo de recursos.

Y esa estadística también destruye el criterio de la supuesta abundancia de recursos naturales en Argentina. En la relación entre recursos naturales y el capital total, se ubica en valores intermedios (12,79 %), solo un poco superior a la media mundial del 9,40 %. Y ratificado por los valores absolutos: Argentina está sólo 2,2 % arriba de la media mundial por habitante, mostrando un conjunto de riquezas naturales en Argentina, menos relevantes de lo habitualmente atribuido.

Comparando esa riqueza natural per cápita de Argentina, con otros países de América Latina, se ubica por debajo de Venezuela, Uruguay, Chile, Brasil, Ecuador, México, Panamá y Perú. Y muy por debajo de países de comparación habitual: Argentina detenta por habitante 1/10 de los recursos de Australia y cerca de 1/3 de los de Chile.

Con estos datos, resulta posible establecer un ranking mundial de los recursos naturales, donde Australia figura en primer lugar, Chile en la posición 13°, y Argentina se ubica en el puesto 47°.

La composición en Argentina de esos recursos naturales, de acuerdo al cómputo del Banco Mundial, se forma de la siguiente manera: la porción principal corresponde a las

tierras de cultivo y pastoreo con el 56,5 %; luego se ubican los recursos del subsuelo (hidrocarburos y minerales) con el 24,3 %; los recursos forestales significan el 15,6 %; y las áreas protegidas el 3,6 %.

En resumen, Argentina no es un país rico en recursos naturales. Australia y Chile, con diez y tres veces más de ese tipo de recursos por habitante podrían llegar a realizar una estrategia de desarrollo basadas en ese tipo de recursos. Pero no Argentina, con mayor densidad demográfica y fuerte tendencia al déficit de divisas genuinas.

Un eventual desarrollo de Argentina, a partir de recursos naturales, necesitaría de un fuerte proceso de industrialización complementario, a fin de insertar esos recursos en encadenamientos (hacia adelante y atrás) de productos exportables, tal como hacen Canadá, Dinamarca y Finlandia. Pero esto, ya le estaría otorgando una fuerte impronta de perfil industrial y la importancia relativa de los recursos naturales, en la producción y exportación quedaría desvanecida.

Justamente, en ocasión de analizar la integración hacia adentro (sectorial y regional), de la industria, agro e infraestructura, nos hemos encontrado con encadenamientos muy débiles. Tan débiles, que representan una deformación estructural adicional y explican la débil posición exportadora de Argentina cuyo resultado es el déficit externo, su principal talón de Aquiles.

4. El papel de los recursos naturales

Con este repaso respecto al papel de los recursos naturales, debemos preguntarnos porque, países con alto o mediano porcentaje de recursos naturales no han podido, impulsar sus economías. Por el contrario, la mayoría de ellos y Argentina en particular, sufren un deterioro de largo plazo respecto a países, con bajo nivel de este tipo de recursos pero con alto crecimiento.

Para explicarlo debemos tener en cuenta, por una parte, la estadística ya analizada del Banco Mundial, con una altísima correlación inversa entre la abundancia relativa de recursos naturales y los bajos niveles de ingreso. De partida, ya pone entre paréntesis las estrategias en base a este tipo de recursos.

Y por la otra, existe una amplia bibliografía donde la relativa abundancia de esos recursos, en lugar resultar la base de la acumulación y su progresividad distributiva, representa una “maldición”, condenando a esos países al atraso, la dependencia y la regresividad social.

Aunque de manera intuitiva la disponibilidad de recursos naturales, debería ayudar a generar crecimiento económico y progresividad social, nos encontramos ante una realidad donde se convierte en un obstáculo. Analicemos las causas de este fenómeno por las dos vías usuales: históricas y por niveles.

4.1. Análisis histórico

La dependencia es una herencia de las formas coloniales, un sistema institucional creado para asegurar a las metrópolis la provisión de recursos naturales a bajo costo. Sin embargo, a pesar de los procesos de independencia política del siglo XIX en América Latina y en el siglo XX en Asia y África, arrasando con el grueso de las formas coloniales en el planeta, sus aspectos materiales tuvieron continuidad en el tiempo.

Y esa continuidad fue posible sobre la base de su explotación por empresas multinacionales, ya vigentes desde el feudalismo. Desde fines del siglo XV ya existían “las

Compañías de Indias”, cuyo objetivo a lo largo de siglos ha sido el control de capitales, tecnología y comercialización de esas actividades.

Aunque generaron una altísima rentabilidad, nunca reinvirtieron en las regiones coloniales haciendo imposible su desarrollo. Incluso no vacilaron en utilizar las fuerzas armadas de su país de origen para apropiarse de esos recursos e impedir políticas nacionales autónomas. La historia y la actualidad de la explotación petrolera en el mundo, el papel del gas y del litio en el reciente golpe en Bolivia, resultan sintomáticos al respecto.

Los procesos independentistas, en lugar de frenar, incentivaron el control externo de ese tipo de recursos, al desatar una guerra de influencias entre grupos autóctonos, jugando a favor de uno u otro grupo internacional por el control de esa renta. Los patriotas siempre fueron una minoría.

Esto generó una alta inestabilidad institucional: guerras civiles, autoritarismo, corrupción, regulaciones endebles, o lisa y llanamente, conflictos separatistas. Y ese proceso se plasmó en el establecimiento de una élite rentista, cuyo objetivo, no fue solo mantener el “*statu quo*”, sino también apoderarse de todos los resortes del estado para consolidar su poder.

Y fue realimentado por el funcionamiento de un Estado cuyo aparato de seguridad depende más de los recursos por exportación, cánones, concesiones, etc., que de impuestos provenientes de actividades internas, contribuyendo a formar ciudadanos exigentes de políticas responsables.

Debilitan así la necesidad de estructuras democráticas, y facilitan la apropiación de la renta por parte de grupos no interesados en el desarrollo integral del país, pues esto reduciría su nivel de influencia.

Este esquema también implica una alta regresividad en la distribución de la renta y su desviación hacia el exterior por vía de la fuga de capitales y/o el consumo suntuario importado. En esas condiciones el famoso efecto “derrame” no solo es más difícil. Resulta imposible.

4.2. Análisis por niveles

Por vía del análisis por niveles, llegamos a conclusiones similares. La transición del feudalismo al capitalismo significó pasar de un modo de producción artesanal procesando recursos naturales a otro realizado a través de máquinas y de conocimiento científico. Y tras esto: un proceso tecnológico donde esos recursos naturales son cada vez menos importantes.

La materia prima de la actual tecnología de punta, los chips utilizados en la industria electrónica, hoy el principal y más generalizado insumo de toda la manufactura, es el silicio contenido en la arena de playa. Un insumo casi sin costo alguno. El espacio del costo ocupado por los insumos y su procesamiento, ahora es reemplazado por el conocimiento, provocando agudos cambios disruptivos, y abarca incluso, como veremos en la próxima reunión, la crisis de las instituciones básicas del capitalismo.

Argentina combina, esa evolución del capitalismo, con una dependencia de siglos. Nació como territorio colonial, y a pesar de su independencia política, no solo no pudo superar aquella dependencia económica sino, la profundizó y gran escala.

Su resultado, gravísimas deformaciones estructurales, ni siquiera mencionadas por las corrientes mayoritarias y por ende ausencia de propuestas para corregirlas. Y agra-

van esa situación con un discurso apuntando a solucionar todos los problemas, por vía de profundizar el papel de proveedor de recursos naturales, donde a lo sumo, plantean la modificación en la composición de ese tipo de recursos.

4.3. Los recursos naturales: ¿bendición o maldición?

El “extractivismo” resume una estrategia socio-económica que pone el eje del proceso de acumulación en la explotación intensiva de recursos naturales. Y sus resultados concretos ratifican la caracterización de “maldición”.

Stiglitz, en su libro “El precio de la desigualdad” (Ed, Taurus-2012) lo resume de esta manera: *“Los países ricos en recursos naturales son tristemente célebres por sus actividades en búsqueda de rentas. En dichos países, resulta mucho más fácil hacerse rico a base de conseguir acceder a los recursos en unos términos favorables que produciendo riqueza. A menudo eso supone un juego de suma negativa, y a menudo es uno de los motivos por los que, como media, ese tipo de países han crecido más despacio que otros países de características similares que carecen del don de tales recursos. Este problema ha venido en llamarse la “maldición de los recursos naturales”[. . .]”*.

Y esa “maldición”, hacia el futuro tiende a agravarse por el desarrollo tecnológico. La sociedad, al tomar conciencia del sobre-consumo de recursos naturales, y del que no está dispuesto a abjurar, enfoca sus esfuerzos científicos y tecnológicos hacia el reemplazo de ese tipo de recursos por bienes manufacturados o por otros de similar origen pero con abundantes reservas y/o de menor o nulo costo. Algunos ejemplos concretos:

- Alimentos: producción de granos por copia de ADN y elaboración de carnes artificiales. Ambos eliminan la necesidad de tierras para producirlos.
- Minerales: su reemplazo por materiales diseñados por computadoras a producir en plantas industriales; o por otros, también naturales pero aun no explotados.
- Energía: reemplazo de fuentes de hidrocarburos por hidrógeno, solar, eólica y fusión nuclear, sin contaminación y algunas de ellos de bajísimo costo.

Y en aquellos recursos donde aún no existe tecnología para abastecerlo por vía productiva, p. ej., el caso del agua, también se agravará esa “maldición” por el papel de sus reservas aun poco explotadas. Es el caso del acuífero Guaraní bajo los territorios de Argentina, Brasil, Uruguay y Paraguay. Son reservas que los países centrales pretenderán controlar. Ya se ha comenzado a mencionar las futuras “guerras del agua”.

Y la “maldición” también está ratificada por los ejemplos inversos. Son países de alto crecimiento, sin disponer de recursos naturales: Japón (hasta los ´90), Suiza, Corea, Singapur, etc., cuya proporción de recursos naturales respecto al capital total, según el cómputo del Banco Mundial, resultan inferiores al 1 %.

Y ratificado por el actual cambio de políticas en un país símbolo de la dependencia de los recursos naturales: Arabia Saudita. Recién ahora tienen en claro, la transformación de su único recurso natural, el petróleo, en una “maldición”. Por eso encaran un cambio radical de su estructura productiva. En Argentina, debemos ir tomando nota de esto.

Incluso la existencia de países desmintiendo esa “maldición”. Detentan un alto crecimiento, y lo hacen posible en base a sus recursos naturales. Son los casos de Noruega, Canadá, Australia y Nueva Zelanda. Pero debemos parar de contar. Son sólo excepciones, a revisar críticamente, a fin de observar si resulta posible aprender algo de esas experiencias para aplicar en Argentina.

Para conocer si los recursos naturales resultan una “bendición”, o una “maldición”, realicemos nuestro propio análisis de los efectos resultantes de priorizar los recursos naturales.

5. Efectos de priorizar los recursos naturales

Debemos profundizar acerca de sus impulsos y limitaciones para un desarrollo integral. Y lo haremos en cada de sus dimensiones: económica, social, ambiental e institucional.

5.1. En la dimensión económica

Los recursos naturales ya no juegan solo el papel de proveedor de metales preciosos, energía, materia prima y alimentos baratos. Ahora tratan de incentivarlos, y en gran escala, a fin de cubrir su déficit global provocado por el consumo irracional en los países centrales y al que no están dispuestos a renunciar.

Y lo hacen, de manera prioritaria, en la periferia. De esa manera siguen usufructuando de su provisión y evitan los efectos negativos en su propia región. Allí entra a jugar el control mundial de sus fuentes: hidrocarburos, aguas, tierras cultivables, áreas mineras, y marítimas y de sus correspondientes insumos, procesamiento, y comercialización.

Así se explica la sobreexplotación depredadora en los países periféricos, generando deformaciones adicionales en su estructura productiva respecto a los cánones vigentes en los países centrales. Son deformaciones generadoras de efectos tales como inflación, déficit externo, y fuga de capitales.

5.1.1. Inflación:

En Argentina, la exportación de recursos naturales, alimentos en particular, en estado natural o con bajo nivel de procesamiento, provee el grueso de divisas. Los intentos de incrementar esas exportaciones por vía de las devaluaciones, incide de manera directa en el precio de los alimentos.

Y a ello se suma el diferencial de productividad global con los países centrales, también presionando hacia la devaluación y consolidando las deformaciones.

5.1.2. Déficit externo:

Recordemos, la actual periferia no fue diseñada para contener países autónomos, sino como regiones proveedoras. Y hoy, bajo la forma institucional de un país soberano, exportando recursos naturales, la provisión de divisas resulta insuficiente.

Y se suma el efecto deficitario del resto de actividades. Importan sus insumos claves (equipos, autopartes, electrónica, servicios, etc.), y utilizan tecnologías no disponibles localmente, por la presión de las casas matrices sobre sus filiales localizadas en la periferia.

En esas condiciones, el superávit comercial en productos alimenticios, no puede compensar el déficit de intercambio en la industria, energía, servicios y renta. En lugar de aportar divisas, las consumen de manera adicional. Y a ese déficit se agregan las divisas para abastecer la fuga de capitales. Incluso se produce en gobiernos opuestos a ese fenómeno, pues se ven obligados a entregar divisas y con ello facilitar la fuga, a fin de limitar la presión sobre el precio del dólar y sus graves efectos en el cortísimo plazo.

Se genera así un déficit externo sistémico y en gran escala cuya salida inmediata, solo posible en base a deuda externa con todos graves efectos negativos ya conocidos.

Sin embargo, existe una alternativa, tan o más grave que el endeudamiento para disponer divisas para fugar: generar una recesión con graves consecuencias regresivas.

En síntesis, mientras se mantengan las deformaciones estructurales no podremos evitar sus efectos regresivos. A lo sumo, según la coyuntura, elegir entre instrumentos alternativos, todos con efecto profundamente regresivos. Una verdadera trampa.

5.1.3. Proceso de Acumulación:

La preeminencia de recursos naturales genera deformaciones de todo calibre en el proceso de acumulación capitalista: deterioro de los términos intercambio, bajo nivel de inversión, ausencia de integración, deformaciones sectoriales, valor agregado, y en el sistema de decisiones empresarias.

5.1.3.1. Deterioro términos de intercambio: cuando el grueso de exportaciones es del tipo “commodities” (bienes indiferenciados, es decir, no específicos), típico de los recursos naturales, sus precios, es decir el ingreso de divisas, depende de mercados internacionales controlados por multinacionales. Esos mercados detentan un alto grado de volatilidad, produciendo en la periferia coyunturas de verdadero descalabro. Y en el largo plazo, un deterioro de los precios de los recursos naturales respecto a los precios de los bienes industriales.

5.1.3.2. Bajo nivel de inversión: el alto diferencial de rentabilidad entre actividades vinculadas a los recursos naturales y el resto, limitan la diversificación de la estructura productiva, convirtiendo a esos países en cada vez más dependientes de los recursos naturales.

Esto significa no sólo un bajo nivel de inversiones sino también deformaciones en las diferentes proporciones de capital (capital natural y total); en el tipo de producción (bienes de consumo, bienes de capital, servicios, etc.); y en los flujos (reales y financieros), etc. Son deformaciones derivadas del supuesto aprovechamiento de materia prima barata, usufructuada solo en forma de rentabilidad privada, pero al mismo tiempo, afectando la productividad y competitividad global de esa economía.

5.1.3.3. Ausencia de integración: también genera deformaciones en el sentido de la integración productiva y regional de los encadenamientos.

La dinámica de la inversión en recursos naturales adopta la forma de enclave geográfico, es decir, aislada del resto, y sin generar encadenamientos. Hacia atrás (insumos, equipos, tecnología propia), y hacia adelante, insertándose en las cadenas de valor de ese país y del resto de regiones. En síntesis, un muy bajo nivel de vinculación sectorial y regional.

5.1.3.4. Valor agregado: desde su origen, el papel de países proveedores de alimentos y materia prima industrial tiende a exportar productos en su carácter de producto primario, es decir, sin ningún tipo de procesamiento, justamente reservados a los países centrales. Y los avances en ese sentido no solo han sido insuficientes, sino ha tenido importantes retrocesos.

5.1.3.5. Sistema de decisiones empresarias: deforma las decisiones porque en materia de recursos naturales, en lugar de intentar garantizar la rentabilidad a largo plazo, tratan de obtener la mayor rentabilidad en el menor lapso posible,

Y para lograrlo reemplazan inversión por insumos recuperables en el mismo ciclo productivo. Y en base a tecnología importada, y ya incorporada al insumo a modo de “caja negra”. De esta manera hacen posible dosificar la inversión no realizada en tecno-

logía e infraestructura a fin de incrementar la tasa de ganancias (Utilidades / capital invertido). De esa manera, y en forma concomitante, están consolidando el proceso de dependencia.

En resumen, son todas deformaciones económicas. Y pueden ayudar a explicar la “maldición de los recursos naturales”, pues consolidaron el papel histórico de la periferia como proveedor de materia prima, retroalimentando la asimetría centro-periferia.

5.2. En la dimensión social

En la dimensión social de los modelos económicos basados en recursos naturales encontramos serios efectos de regresividad en: la distribución del ingreso; la generación de una menor cantidad de puestos de trabajo; la concentración en la propiedad de la tierra; la concentración de los encadenamientos productivos; y en los nuevos destinos de la producción primaria.

5.2.1. Distribución del ingreso:

Si la fuente principal de divisas son recursos alimentarios, las recurrentes devaluaciones para sostenerla, encarecen los alimentos de provisión interna, y en mayor proporción respecto al resto de bienes y servicios, afectando a los grupos de bajos ingresos, donde la canasta alimentaria es el principal rubro de gasto.

5.2.2. Puestos de trabajo:

Los sectores económicos basados en recursos naturales detentan una generación de puestos de trabajo inferior a la de otros sectores, en particular, respecto al sector manufacturero, contribuyendo a diseñar una economía global con puestos de trabajo de muy baja productividad: comercio minorista sobredimensionado, cuentapropismo, servicio doméstico, etc.

5.2.3. Concentración en la propiedad de la tierra:

Cuando, en casos como el de Argentina, el grueso de esos recursos naturales, provienen de la tierra, agrava el problema social. La tierra es un bien no reproducible y genera tendencias hacia la concentración. Un fenómeno ratificado por los sucesivos censos agropecuarios. Y a ello se suma, la concentración en el origen, provocada por la distribución de las tierras incautadas a los pueblos originarios.

Esa concentración, actualmente, tiende a desplazar a los pequeños productores de la pampa húmeda, de los cultivos intensivos del interior, de la agricultura familiar, etc., afectando el abastecimiento de otros bienes de consumo masivo como lácteos, textiles, frutas y hortalizas.

5.2.4. Concentración en los encadenamientos:

En la producción primaria, no solo afecta la concentración del factor tierra (no reproducible), sino la concentración en todo su encadenamiento. Hacia atrás: semillas, agroquímicos y maquinaria agrícola; hacia adelante: en la producción alimenticia y en la comercialización interna y externa. En producción alimenticia el monopolio en rubros claves (Arcor, Molinos, etc.), en la comercialización interna, (cadenas de supermercados de capital extranjero); en la comercialización externa, (sólo un puñado de empresas, la mayoría de ellas, de capital extranjero).

Ambas formas de concentración (tierra y encadenamientos), implican un mayor poder social para cooptar los mecanismos de regulación y control, en particular aquellos vinculados al sistema de precios.

5.2.5. Nuevos destinos de la producción primaria:

Es el caso de la producción agrícola destinada a la energía. Significa abrir una nueva competencia con la tierra disponible para alimentos. A largo plazo, debido a la crisis de los energéticos tradicionales, solo puede tener como efecto elevar el precio relativo de los alimentos.

5.3. En la dimensión ambiental

Los efectos ambientales derivados de priorizar los recursos naturales son muy definidos, en particular en los rubros donde las corrientes mayoritarias coinciden en profundizar: agricultura, minería e hidrocarburos. Y todas conllevan el mismo sesgo. Son formas de explotación predatoria, confirmando las urgencias por hacerlo.

Y algo más que urgencias. Son signos de una acción desesperada por convertir esos recursos, lo más rápidamente posible, en rentabilidad privada. Y resulta visible en las técnicas utilizadas pues todas conllevan una extracción más rápida y masiva, a partir de métodos de una agresividad ecológica sin límites:

- Liquidar bosques y humedales para destinarlos a tierras agrícolas;
- Minería a cielo abierto, con extracción masiva utilizando cianuro,
- Desmalezamiento químico;
- Agroquímicos para mayor fertilidad con efectos sobre salud y biodiversidad;
- Pesca marítima a mayor ritmo de su capacidad de reproducción biológica;
- Explotación de hidrocarburos utilizando “fractura hidráulica”.

Y en todos los casos, no por el uso de tecnología más “moderna”. Son procedimientos ya conocidos desde hace décadas, pero hasta ahora no se habían animado a utilizar pues conllevan un alto grado de agresividad contra el medio ambiente. Ahora se atreven a hacerlo, coimas mediante, urgidos por tiempos muy limitados.

Esa carrera desesperada, delata su plena conciencia acerca de la situación. Son varios los factores limitantes de los tiempos:

- Límites por el agotamiento y/o depredación de esos recursos;
- Límites impuestos por la propia sociedad, y ya lo está haciendo, cuando va asumiendo la gravedad ambiental y sanitaria de ese tipo de acciones;
- Límites futuros impuestos por tecnología orientada a superar el déficit de recursos naturales, reemplazando bienes naturales por bienes producidos en fábricas-laboratorio;
- Límites institucionales. Resulta cada vez más claro que la explotación de ese tipo de recursos exige formas jurídicas de propiedad social.

Y esos límites ya se expresan en las consecuencias del cambio climático. Son agudos enfrentamientos entre, movimientos sociales y de científicos, versus toda la fauna de negacionistas.

Los graves efectos inmediatos debido al uso de técnicas predatorias, acicateadas por las urgencias, nos obliga a repasar el uso de esas técnicas en el caso de Argentina.

En materia de explotación de recursos naturales, sobresale la agricultura donde se destaca la utilización de semilla transgénica. Ésta conlleva un paquete tecnológico, con siembra directa y el uso del glifosato para el desmalezamiento.

Su combinatoria ha producido fenómenos tales como el corrimiento en gran escala de la frontera agrícola, y la agriculturización. El primero afecta bosques, humedales y la

diversificación de cultivos, al liquidar plantaciones. El segundo consiste en realizar “agricultura sobre agricultura”, es el versus del manejo racional de suelos, con efectos ambientales muy definidos: sobre los suelos (sequías, inundaciones, pérdida de fertilidad), por ausencia de rotaciones; sobre la salud humana por fumigación con herbicidas y pesticidas; contaminación de acuíferos y cursos de agua; y la destrucción de la biodiversidad.

Tomemos un caso concreto a manera ejemplificativa: el desmalezamiento. Se utilizan agroquímicos en lugar de procedimientos mecánicos, y de esa manera, los inevitables procesos biológicos siguen generando malezas, pero cada vez más resistentes, y obliga a mayores aplicaciones. No solo con mayor costo, sino también profundizando los efectos sobre la salud. Debemos respirar en ámbitos cada vez más fumigados, y alimentarnos con transgénicos cada vez más fumigados.

En minería sobresale la explotación “a cielo abierto”. En lugar de abrir socavones, se dinamitan montañas enteras junto a los glaciares de su entorno con importantes funciones de compensación atmosférica. Los picos y palas, son reemplazados por cianuro para separar los elementos (lixiviación), utilizando agua en gran escala, profundizando su déficit futuro, y poniendo en riesgo las corrientes de superficie y napas freáticas de la región circundante.

En la explotación de hidrocarburos encontramos el “fracking” (fractura hidráulica). Esta técnica “bombardea” los mantos de esquistos bituminosos con agua, arena y químicos. Estos últimos, no solo separan las moléculas sino también son de alta potencia tóxica, poniendo en serio riesgo las limitadas aguas subterráneas del entorno y generando micro terremotos por la eliminación de capas geológicas completas.

Todo esto afecta a los ecosistemas naturales, y entra de lleno en la problemática ambiental, la salud humana, y la biodiversidad animal.

5.4. En la dimensión institucional

La lucha por el control de recursos naturales, a nivel mundial e interno de cada país periférico, debilita la capacidad de regulación y control por parte del Estado; y la decisión soberana respecto al tipo de recursos a desarrollar, y su destino. Además, las formas democráticas tienden a ser reemplazadas por las de tipo autoritario.

En agricultura, la utilización de transgénicos afecta la capacidad de producir alimentos diferenciados (p. ej., productos orgánicos), y por lo tanto, la soberanía alimentaria. Además, su habilitación (en Argentina en 1995 por un Ministro de Agricultura llamado Felipe Solá), ya se encaminaba en dirección a hacer posible identificar el origen de la tecnología de cada semilla y su propiedad. Y conlleva el pago de regalías, ahora reclamado por las multinacionales, anulando así la práctica milenaria de los agricultores de reproducir su propia semilla.

En hidrocarburos, la sobre explotación del petróleo convencional hace necesario introducir métodos diferentes como el fracking, convirtiendo en chatarra todo el equipamiento anterior y por ende la necesidad de ingentes cantidades de capital para financiar los nuevos equipos y métodos de extracción.

Y allí aparecen las exigencias institucionales de esos capitales respecto al gas y petróleo extraído: libre exportación, libre giro dividendos, exención impositiva total, y decidir la forma de su exportación. O como producto primario o con valor agregado en base a encadenamientos hacia atrás y hacia adelante en el proceso productivo, poniendo incluso en riesgo, el propio auto-abastecimiento.

En resumen, cuando se otorga prioridad a la explotación de los recursos naturales, existen fuertes efectos negativos en todas las dimensiones: económica, social, ambiental e institucional. Por eso tratan de recubrirlos de una ideología, exaltando supuestos efectos “milagrosos”. Son las economías externas, provenientes de un crecimiento generado por actividades de alta rentabilidad. Pero jamás son vinculadas a su costo social, es decir, a las des-economías externas producidas.

El grueso de las economías externas está representado por la rentabilidad privada de empresas y los aportes al estado (cánones, impuestos y retenciones). En cambio las des-economías externas producidas, tienen un costo social, ambiental e institucional, que recae sobre el conjunto de la sociedad, nunca mencionado, y menos aún, dimensionado.

Tampoco debería confundirse actividades de alta rentabilidad con “desarrollo”, pues la apropiación privada del grueso de esos beneficios, nunca podría compensar los costos sociales derivados de las deformaciones producidas.

6.- Efectos del extractivismo

Todo esto no debería significar “huir” de la explotación de los recursos naturales, sino de ubicarla de manera correcta, en el espectro productivo. Debemos saber que en el largo plazo, la prioridad e intensidad de ese tipo de explotación nunca podría solucionar, por sí misma, los graves y múltiples problemas originados en las deformaciones estructurales. Por el contrario, la práctica internacional nos muestra su profundización y consolidación.

En el caso concreto de Argentina, hemos pasado de un techo de producción de 20 millones de toneladas de granos y oleaginosas durante 6 décadas, a otro de 150 millones. Y los problemas a solucionar, en particular, el déficit externo, se agravaron, y de manera notoria. Y en tal magnitud, que el fuerte descenso de ese déficit en el 2019, sólo fue posible a partir de una muy profunda recesión.

Una estructura productiva basada en el extractivismo, en lugar de un círculo virtuoso, genera una dinámica perversa. Rapetti del Cippec lo resume en:

*“Los países que tienen una riqueza natural exuberante concentrada en pocas actividades lidian con el problema de cómo repartir equitativamente sus dividendos y cómo desarrollar eficientemente otros sectores productivos. Para muchos países, estos desafíos distributivos y productivos tornan a la riqueza natural en una **maldición para su desarrollo.**”*

En resumen, el extractivismo se expresa en una alta vulnerabilidad frente a shocks internacionales e internos; con crisis recurrentes y deterioro en el largo plazo. Analizaremos cada uno de estos efectos globales.

6.1. Vulnerabilidad

Las deformaciones estructurales de Argentina, y en particular el extractivismo, tienen el efecto de una fuerte vulnerabilidad de la economía, sobre todo a los shocks externos. Y ahora, debido a la pandemia, llevado a límites inimaginables.

La vulnerabilidad es una expresión de las deformaciones estructurales revisadas: fuga de capitales, déficit de resultados macro (monetario, fiscal y externo), deterioro del capital físico (agro, industria e infraestructura), heterogeneidad sectorial y regional, re-primarización del comercio exterior, bajo nivel de productividad y competitividad, ausencia de crédito interno (bancos y mercado de capital), bajos niveles de acumulación,

etc.; todos ellos expresados en superficie bajo la forma de endeudamiento, inflación, devaluación, pobreza, etc.

Y esta vulnerabilidad es ratificada por consultoras internacionales, aunque sólo a partir de señales de superficie. El caso más notable es el de Bloomberg, para la cual, la economía argentina no solo es muy vulnerable, sino, la más vulnerable del planeta.

Desde décadas, Argentina figura en el ranking de los países más vulnerables. Pero en la última de ellas, ya se ubicaba en el podio de ese listado. Y en los últimos años se posicionó en el 2º lugar, detrás de Turquía. Ahora, ya encabeza ese ranking, y Turquía ha pasado al 2º puesto. Luego, y en orden decreciente: Sudáfrica, Egipto y Colombia.

Sin embargo, encabezar ese ranking, no es el punto central. El problema radica en las causas de esa vulnerabilidad. ¿Son coyunturales o estructurales? La importancia de resolver esta cuestión radica en las diferencias de las eventuales recomendaciones de política económica, surgidas de uno u otro diagnóstico.

En ese sentido repasemos las causas, que para Bloomberg, hacen posible una Argentina, encabezando el ranking de vulnerabilidad, ya a mediados del año 2019. Para esta consultora existen cinco factores (Cf. Ámbito y Página 12 del 25-07-2019).

- Muy elevado ratio de deuda externa de corto plazo sobre el PBI (40,5%);
- Desviación de 35,8 puntos de inflación respecto a la meta fijada del 10%;
- Muy bajo ratio de Reservas Internacionales de cobertura (solo 85,9%, frente al 159,9% de Brasil, 133,0 % de Colombia, 116,1 de México y 239,9 de Perú;
- Déficit de cuenta corriente del 2% del PBI (en 2018 llegó al 5 %);
- Pobre efectividad del Gobierno. (0,16 % contra, p. ej., 0,85 % de Chile).

La mayoría de los indicadores es información proveniente de: nivel de endeudamiento, inflación, reservas y déficit externo. Y son importantes, pues de acuerdo a nuestro diagnóstico, están originados en factores estructurales. Pero prevalece en dicha estadística una limitación: sólo el resultado de superficie, nunca su origen y los mecanismos para hacer posible arrojar esos resultados. Y sin conocerlos a través de un diagnóstico, nunca podríamos superarlos.

Hemos seleccionado el caso Bloomberg, porque además de ese tipo de indicadores, conlleva una verdadera “perla”. En los resultados macroeconómicos privilegian, el resultado externo, el verdadero “talón de Aquiles” de la economía argentina. En cambio, el resultado fiscal, el caballito de batalla del neoliberalismo, como factótum de todos los males, ni siquiera integra ese índice.

Otras consultoras internacionales, a partir de indicadores similares a los de Bloomberg, coinciden con una Argentina en el podio de la vulnerabilidad: I.I.F. (Institute of International Finance), Standard & Poors, y la OCDE (Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico).

Por el contrario, el FMI, con verdadero peso específico en la política económica de Argentina, aunque coincide en la caracterización de vulnerabilidad, prioriza indicadores vinculados a factores coyunturales, y de tipo financiero: tasas de interés internas e internacionales, tipo de cambio, gasto público, emisión monetaria, etc. Y esto estaría afectando la inflación, el déficit fiscal, los flujos de capital y el riesgo país. De hecho, están negando la existencia de deformaciones estructurales, eje de nuestro análisis.

Y como resulta previsible, la mayoría de las consultoras locales, adoptan un enfoque en la línea de análisis del FMI. Una manera práctica de garantizar a los factores de poder, no salirse del “libreto”.

Argentina, de figurar en el listado de los países más vulnerables, pasó al podio y ahora encabeza ese ranking. Un proceso involutivo a partir de su endeblez cada vez mayor. Y lo ratifican algunos indicadores nacionales no oficiales ubicados en la línea de factores estructurales, en particular, del déficit externo.

Los índices, de vulnerabilidad externa de OCEPP (Observatorio de Coyuntura Económica y Políticas Públicas) y el índice de fragilidad externa de la Universidad del Salvador, muestran, en el mediano y largo plazo un incremento sistemático y un “salto” en el periodo de la administración anterior (2015-19). Bajo nuestro enfoque, sólo puede interpretarse como un proceso de consolidación y profundización de las deformaciones estructurales.

Se trata de una muy alta vulnerabilidad a las condiciones de alta volatilidad internacional, derivadas a su vez, de las permanentes mutaciones del capitalismo en los países centrales. En particular, y desde los '80, del fenómeno de la globalización.

De paso hacemos notar una diferencia de nuestro análisis en el campo de la economía mundial respecto al habitual, consistente en analizar el actual enfrentamiento entre EE.UU., Unión Europea y China, como un proceso de des-globalización. Por el contrario, entendemos es el resultado de la lucha por controlarlo y de manera excluyente. Y se expresa en guerras comerciales y de monedas, disputas por el control de recursos naturales y sus precios, la orientación de los flujos de capital, del financiamiento, el liderazgo de la tecnología y un larguísimo etcétera.

Su importancia radica en el efecto de ese conflicto sobre una mayor volatilidad mundial. Y ésta presiona de manera adicional sobre la endeblez de la periferia y en particular de Argentina. Para generar nuestra extrema vulnerabilidad, se superponen y complementan, efectos de crisis y volatilidad en países centrales, en el resto de periféricos y las propias. En conjunto generan déficit externo, fuga de capitales, y un muy bajo nivel de acumulación, provocando altísimos niveles de riesgo país y un nuevo y probable default de la deuda.

Más aún, los países altamente vulnerables como Argentina y Turquía crean, condiciones adicionales de crisis en el resto de la periferia, sobre todo en la relación entre sus monedas y las divisas “fuertes”.

Y lo más increíble, las señales de vulnerabilidad más definidas, ocurren en los periodos de bonanza. La sola existencia de un “viento de cola”, transparenta la endeblez de la economía argentina, altamente vulnerable a los factores internacionales, tanto a los negativos como a los positivos.

En lugar de alegrarnos cuando el impacto es positivo debiéramos preocuparnos, porque esos mismos factores de recuperación de la economía, en algún momento, y por la alta volatilidad mundial, se transformarán, en “viento de frente”, y arrasarán con todo lo logrado.

En los pocos periodos de crecimiento de la economía argentina, los factores externos siempre jugaron un papel de primera magnitud. Pero en lugar de fortalecer, generaron una vulnerabilidad cada vez mayor.

Y lo más importante: son factores imposibles de manejar, desde dentro del país, Ninguna voluntad de política económica por más férrea, progresista y con apoyo popular, que resulte, podrá modificarlos. Mientras exista esa vulnerabilidad a los factores externos, Argentina será una “cáscara de nuez” en el océano.

Estas condiciones de vulnerabilidad, en la coyuntura actual de pandemia han sido llevadas a un punto extremo, hasta ahora imposible de imaginar. Nuestra ínfima cuota de voluntarismo pretende convencernos de estar frente a una situación coyuntural. Si no llegara a ser así, debiéramos replantear todo. Incluido este trabajo.

6.2. Crisis Recurrentes

La vulnerabilidad es un efecto global de las deformaciones estructurales y se potencian mutuamente en una verdadera dinámica perversa. Y con algún efecto positivo: algunos ya comienzan a preguntarse porque, a pesar de haberse probado en Argentina toda la gama de recetas, los mismos problemas se repiten, una y otra vez de manera sistémica, en periodos cada vez más cortos, de manera más extensa y cada vez más aguda.

Por esa vía resulta posible comiencen a plantearse hipótesis similares a la nuestra. En ellas, las recetas empleadas por desarrollistas, neoliberales y populistas, en lugar de solucionar, refuerzan los problemas. Sin embargo, esta posibilidad; sigue chocando con un obstáculo cultural: tendrían que admitir los gruesos errores anteriores, y eso, al menos en Argentina, es algo muy, pero muy difícil.

Mientras tanto, esos graves errores se continúan produciendo y consolidan las deformaciones estructurales. Y se traducen en crisis globales y recurrentes. Un trabajo del Banco Mundial sobre las crisis en Argentina detecta 14 recesiones entre 1950 y 2016 con una duración promedio de 1,6 años. Con la del 2018-19 serían 15.

Dicho trabajo define como recesión un periodo de uno o más años consecutivos de variación negativa en el PBI. Su resultado: cubre 1/3 del periodo de 65 años. Con esos criterios, encabeza el ranking, la República del Congo y Argentina se ubica en 2º lugar.

Bajo similares criterios existen estimaciones actualizadas y de mayor extensión. Rapetti del Cippec computa, desde 1940, 17 episodios de recesión, sumando 26 años de contracción de la actividad. En ese lapso la economía argentina logro crecer 5 o más años consecutivos, solo en dos periodos: 1964-74 y 2003-08.

En cambio, bajo nuestro criterio el problema es mucho, muchísimo más grave. Y para demostrarlo hemos confeccionado un gráfico de las variaciones anuales del PBI, abarcando los siglos XX y XXI, y cuyo sentido puede captarse sólo con una leve ojeada. (Ver gráfico en el Anexo N° 1).

Este gráfico ratifica esa mayor gravedad. Para el Banco Mundial y trabajos similares, las crisis abarcan solo aquellas ocurridas en el campo negativo del gráfico, es decir por debajo del nivel cero. En cambio, en nuestro gráfico se destaca una sucesión de picos y valles muy agudos, por arriba y abajo del cero expresando una altísima y permanente volatilidad a lo largo de más de un siglo.

Y en nuestro criterio las “crisis” no solo radican en las variaciones del campo positivo a negativo, sino también en las variaciones producidas dentro del mismo campo positivo. Una caída de + 10 a + 2, aun cuando ambos valores se encuentran en terreno positivo, tiene mayor impacto negativo económico y social, respecto una caída de + 2 a -1. A la inversa, un crecimiento de +2 a + 10 tiene mayor impacto positivo respecto a otro de -1 a + 2. Las permanentes y agudas variaciones, en ambos campos, expresan la vulnerabilidad analizada.

Incluso bajo nuestro criterio aparece la dimensión temporal, retroalimentando los problemas. En la medida de periodos de volatilidad más extensos, tiende a profundizarse y consolidarse las deformaciones estructurales.

Supongamos nuestro gráfico expresa los signos vitales de un paciente (presión, pulso, temperatura, etc.). ¿Qué haría el médico? Sin duda lo analizaría como un caso de extrema gravedad del paciente, y sin dilación lo enviaría a terapia intensiva.

En cambio los economistas de las corrientes mayoritarias, frente a un cuadro clínico de este tipo, recomiendan medidas equivalentes a un analgésico para curar un enfermo de cáncer. Tratan de suavizar la curva, pero nunca de extirpar los factores estructurales tras ellas. Y por si acaso, jamás se les ocurre hacer este tipo de gráfico, pues convertiría en ridículos todos sus criterios y recomendaciones.

En las variaciones de ese gráfico se encuentra resumido no solo el impacto de las deformaciones estructurales sino también su permanencia en el muy largo plazo, y por ende su profundización y consolidación. Y confirma a la Argentina como una “cascara de nuez” en el océano.

Debemos tener siempre presente: ninguna de las corrientes políticas mayoritarias (neoliberalismo, desarrollismo y populismo) ni siquiera mencionan la existencia de estos problemas. Y menos aún podrían proponer medidas para corregirlas.

Y aun cuando lo hacen, (el populismo habla del endeudamiento, fuga de capitales, etc.), es en términos de crítica a las políticas coyunturales del “enemigo de turno” y responsable de todos los males.

En ningún momento vinculan estos fenómenos a una deformación estructural permanente y en agudización, sino a los resultados de la política económica de quienes habrían accedido al poder sólo con la intención de provocar daño. Y con un significado político muy definido: con solo sacar a esas personas del medio, el problema quedaría resuelto.

Y esto en términos de programas. Ni hablar de su desempeño cuando acceden al gobierno. Las políticas desplegadas en base a desregular, o bien a una mayor regulación, al no tener en cuenta estas fallas estructurales derivadas, no de las decisiones de algún malvado congénito, sino de procesos autónomos y objetivos de largo plazo, lo único que consiguen, es consolidarlas, tal como viene sucediendo desde décadas en Argentina.

6.3. Deterioro en el Largo Plazo

Debatir el deterioro de largo plazo de la economía argentina ya significa un avance. Allí aparecen debates como el de los “70 años”, periodo donde habrían surgido todos los males explicativos de las condiciones actuales (inflación, déficit fiscal, recesión, etc.).

Y es un avance pues intenta ubicar los problemas actuales, en el largo y muy largo plazo, y en las condiciones de los flujos reales. Hasta ahora sólo se ha debatido el muy corto plazo y de variables financieras.

Pero también imperan aspectos muy negativos. En particular, una mirada lineal y subjetiva. Lineal, pues supone una mera repetición de los mismos errores, sin considerar su evolución, ni su efecto acumulativo. Subjetiva, pues siempre termina culpando a grupos de “carne y hueso”.

Quienes más han desarrollado este argumento, trasladan toda la responsabilidad de los males de la economía argentina al estilo populista del peronismo. Desde el punto de vista de la teoría del conocimiento, este debate es irracional porque, de partida, está rechazando la existencia de procesos autónomos. Dada su importancia política, más adelante lo analizamos en detalle.

Nos hacemos cargo de la existencia de un entorno cultural, donde resulta muy difícil aceptar una visión objetiva de la sociedad, sobre todo cuando entre sus intelectuales, prevalece el criterio de la inexistencia de la objetividad. No sólo no existe, no puede llegar a existir. No son tontos, si llegasen a aceptar la objetividad de los procesos autónomos, sus prácticas políticas y sus recomendaciones, realizadas sólo en base a criterios voluntaristas, quedarían en ridículo.

En cambio, en un contexto de subjetividad y voluntarismo, se sienten como pez en el agua, pues el grueso de la sociedad, por ahora, acepta este criterio como “natural”. En ese sentido influye, el sistema educativo, mediático y publicitario.

En ese mundo, todo depende de la voluntad, las políticas solo pueden surgir de decisiones polares. Y son seleccionadas en función de las urgencias políticas de la coyuntura, transformando esas polarizaciones en “grietas”. Nunca se debate alrededor de si esa “grieta” es una problemática central o secundaria.

Toda la fauna subjetivista detenta alguna versión de esa polarización: populistas vs cipayos; republicanos vs autoritarios; ganadores vs perdedores; buenos vs malos; etc., reflejando un voluntarismo a ultranza.

En ese contexto, el votante, en lugar de exigir a la política quebrar las deformaciones estructurales, practica la cultura del entorno y reclama identificar y castigar a los grupos (sociales, étnicos, religiosos y políticos) responsables de todos los males, a fin de direccionar su bronca, pues de ello dependerá toda su felicidad futura.

Y toda la lógica del sistema social se basa en alguna de estas oposiciones, denotando su incapacidad para ir más allá del argumento de un film estadounidense donde solo existen, buenos “buenísimos” y malos “malísimos”.

Y esta línea de pensamiento no solo es dominante, sino consolidada por el sistema educativo, los medios masivos de comunicación y la publicidad. Sus efectos concretos son varios y profundamente erróneos. Algunos ejemplos concretos:

- se debate acerca de política, sociedad, economía, medio ambiente, etc., de la misma forma en que hinchas fanáticos discuten si hubo o no penal previo, cuya sanción, en el último minuto, hizo posible el gol del triunfo;
- surgen teorías conspirativas donde grupos ocultos con mucho “poder” manipulan temas específicos, incluso “controlan” el planeta entero. Aunque resulta probable la existencia de quienes pretendan hacerlo, al menos hasta ahora, han demostrado ser unos verdaderos “chantas”.

Pero no solo producen argumentos ridículos. Históricamente han provocado las grandes tragedias de la humanidad. Y en los últimos años, el “chivo emisario”, son los inmigrantes. Y la más fresca de todas, el coronavirus creado por malvados en varias versiones, todas ellas, ridículas.

Partimos del criterio opuesto: el deterioro no surge de decisiones de malvados congénitos, sino es el fruto de las deformaciones estructurales surgidas de la combinatoria de capitalismo y dependencia, y consolidadas por vía de la vulnerabilidad y las crisis recurrentes.

En ese contexto de procesos autónomos, adoptar medidas sólo reparativas para limitar sus efectos negativos en superficie, implica ignorar esas deformaciones, y el único efecto conseguido es profundizarlas y consolidarlas.

6.3.1. Análisis de los 70 años

En este marco, y aprovechando su fuerza mediática, examinamos, a manera ejemplificativa, el argumento referido al periodo de 70 años como generador de todos los males de la economía argentina. Y como dijimos, con alguna virtud: introducir en el debate económico el muy largo plazo y los flujos reales, cuando en las últimas décadas predominó el análisis de los flujos financieros y en el cortísimo plazo.

El deterioro de la economía argentina es producto de su vulnerabilidad y las crisis recurrentes generadas. No solo visibles en el campo de variación negativa del PBI, sino también en el de su variación positiva. Y esas crisis, presentadas de manera sistemática y recurrente, limitan el crecimiento. Esto, desde el vamos, ya nos plantea un tema central: cómo es posible que el crecimiento, algo inherente al capitalismo, aquí falla, y de manera estrepitosa.

Y ese deterioro se ha convertido en un caballito de batalla de la política: “los 70 años de decadencia” atribuido a una ideología y a un partido político. También existen versiones equivalentes atribuyendo toda la responsabilidad de ese deterioro a los golpes de estado, al neoliberalismo, etc.

Son expresiones del subjetivismo subyacente en las corrientes mayoritarias, y traducidas en la necesidad compulsiva de encontrar culpables de carne y hueso, a fin de poder arrojarlos a los “leones del circo romano”.

Todas las versiones del deterioro de los “70 años” tienen una única fuente. Es un gráfico sobre la evolución relativa del PBI per cápita de Argentina. Abarca un periodo desde fines del S. XIX, hasta la actualidad y muestra una caída sistémica desde 1952. (Ver gráfico en el Anexo N° 2).

Ha sido confeccionado por un ente universitario de Países Bajos (ex Holanda). Es el “Maddison Historical Statistics” cuya función es recopilar información sobre historia económica de todos los países del mundo.

La mención a este gráfico suele ser complementada con otra información de la misma fuente. Ésta afirma que entre fines del S. XIX e inicios del S. XX, Argentina habría estado ubicada en el podio del ranking mundial del PBI por habitante. Más aun, algunos ubican a Argentina, encabezando esa estadística en los años 1895/96.

Más allá de su lugar en el ranking, sin duda la Argentina de por aquellos años, integraba un grupo de países con el más alto nivel de PBI por habitante. Allí también se encontraban países como Estados Unidos, Bélgica, Australia, Reino Unido y Nueva Zelanda.

Dada la importancia histórica de esta información, procederemos a su análisis en dos aspectos: su origen y el gráfico resultante. Incluso lo hacemos bajo una hipótesis de partida: se trata de una información correcta, al menos, tendencialmente.

6.3.1.1. El origen de los datos históricos: surgen de una estimación para países de América Latina realizada en un documento interno de CEPAL. Son series cronológicas entre fines del siglo XIX, hasta mediados del siglo XX., pero por alguna razón, nunca fueron publicadas de manera oficial. Esta situación genera dudas acerca de la metodología empleada.

Por otra parte, debe tenerse en cuenta que la información económica en ese periodo y en esa región es muy endeble. P. ej., en Argentina, la medición sistemática de la información macroeconómica, comenzó a recopilarse recién a mediados del siglo pasado. A pesar de ello, y de manera provisoria, la consideramos correcta.

6.3.1.2. Análisis del gráfico: se trata del gráfico del Anexo N° 2. Aun suponiendo datos aproximados a la tendencia real la conclusión respecto a los “setenta años”, conlleva graves errores conceptuales a analizar en 6 puntos:

- Gráfico realizado para especialistas y como tal, engañoso para el público;
- La caída relativa es de menor rango y mas extensa
- En la mayor porción de ese periodo se practicaron políticas no populistas
- Altos niveles de renta no convierten al país en una potencia económica
- Tendencias únicas a largo plazo siempre produce resultados engañoso
- No tiene en cuenta el impulso inicial ni su posterior agotamiento.

a).- Gráfico especializado, engañoso para el público en general

Este tipo de gráficos genera conclusiones exageradas en no iniciados, pues esa curva, no es en valores absolutos, sino en valores relativos. En el largo plazo, ese PBI por habitante, a valores absolutos, ha sido creciente. Pero en valores relativos, la curva refleja lo contrario, pues se trata de su variación respecto a un grupo de países centrales cuyo crecimiento fue a mayor velocidad. El PBI de Argentina no cayó, e incluso creció, pero en la curva aparece en descenso, pues esa variación, aunque positiva, resulta de menor proporción, respecto a los países testigos.

Algunos de esos países detentaron, en algunos tramos de ese largo periodo, un muy fuerte crecimiento por distintos motivos: los excedentes económicos derivados del sistema colonial en la primer mitad del siglo XX; una gran expansión en el periodo de entre guerras (caso EEUU); y el alto crecimiento derivado de la expansión post segunda guerra, sobre todo lo ocurrida en países europeos, a partir del Plan Marshall.

Argentina, aun con crecimiento promedio, detenta un nivel inferior, y por ende esa relación va declinando. Y el público no especializado entiende ese gráfico como la representación de una caída del PBI en términos absolutos.

b).- La caída relativa es de menor rango y más extensa

La referencia, por un lado, a ocupar el tope del ranking en 1895/96, y por el otro a su sistemática caída desde alrededor de 1952, deja la impresión de una Argentina, detentando en ese periodo anterior, un extraordinario crecimiento.

Sin embargo, el gráfico dice otra cosa: una fuerte variación, equivalente a los “bandazos” de nuestro gráfico en Anexo N° 1 sobre la variación del PBI respecto al año anterior. Y la curva oscila, entre los niveles 100 y 80. Y entre 1930 y 1945 se produce un deterioro relativo y sistemático.

Luego, una recuperación entre 1945 y 1952, y desde allí sí, un deterioro relativo y sistemático de muy largo plazo llegando a nuestros días a tocar el nivel 60. No solo son variaciones positivas, convertidas en negativa al relacionar al PBI por persona de países centrales, sino también, una caída mucho menos abrupta. No cae desde el nivel 100 al nivel 60 sino del nivel 80 a la cota 60.

Y significa un deterioro relativo y sistemático respecto a países de alto desarrollo ocurrido en los “70 años”, pero de menor intensidad y abarcando un periodo mucho mayor.

Por el contrario, las interpretaciones usuales lo presentan como una caída del PBI y le colocan mojones artificiales, con el objetivo de adjudicar responsabilidades “políticas” por ese deterioro. Y deja algo en claro: no solo el populismo realiza la práctica de buscar responsables de “carne y hueso” de nuestras desgracias.

c).- En la mayor porción de esos “70 años”, se practicaron políticas no populistas

En esos “70 años”, hubo sub-periodos con políticas que fueron el versus del populismo. Fueron políticas de neto corte liberal y neoliberal tanto en periodos dictatoriales como democráticos. Comencemos por los sub-periodos, donde no existen dudas respecto a su orientación en materia de política económica:

- Setiembre '55 a Abril '58: 32 meses (“revolución libertadora”);
- Octubre '62 a Junio '63: 8 meses (choque “azules” y “colorados”);
- Junio '66 a Mayo '73: 83 meses (dictadura Onganía-Levingston-Lanusse);
- Abril '76 a Dic '83: 92 meses (dictadura de Videla y otros);
- Julio 1989 a Dic. 2001: 150 meses (Menem, De La Rúa y otros);
- Dic. 2015 a Dic 2019: 48 meses (Macri).

En total fueron 415 meses equivalentes a 34,4 años. La mitad del periodo total de 70 años. A ello deberíamos sumar los sub-periodos denominados de “administración de la crisis”, tales como los de 1958-62; 1983-1989, y similares. No lo hicimos para no introducir un debate que podría distraernos de nuestro objetivo principal.

La conclusión: los sub-periodos de los “70 años”, enrolados en políticas populistas fueron minoría. Sin embargo, bajo nuestro criterio todos los sub-periodos, tanto de política económica liberal como populista o desarrollista, produjeron graves daños a la economía argentina, pues ayudaron a consolidar las deformaciones estructurales. Pero más por seguir una u otra orientación, fue el efecto negativo de sus cambios abruptos. Las llamadas “políticas pendulares”.

d).- Altos niveles de renta no convierten al país en una potencia económica

El periodo de auge de la economía argentina entre fines del siglo XIX y primeras décadas del siglo XX, (los tiempos del “granero del mundo”), con un elevado PBI por habitante, resulta equivalente a la situación actual de algunos países con abundantes recursos naturales (petroleros, en particular), o bien países pequeños con un alto nivel de relaciones financieras y/o comerciales. Y por ello detentan una elevada renta por habitante, incluso superior a la de países desarrollados.

Hoy, países como Qatar, Singapur, Mónaco, Luxemburgo, y otros, detentan un PBI por habitante de hasta 3 veces mayor respecto a EEUU. Pero si alguien los considerara una “potencia” económica, quedaría en ridículo ¿Por qué?

Porque carecen de una creciente y diversificada estructura productiva, y además detentan una distribución de ese alto ingreso, muy regresiva, y no igualitaria, como supone el cálculo del PBI por habitante.

Todo muy sospechosamente parecido a la Argentina de por aquellos años. Sin embargo, cada vez que se menciona aquel liderazgo mundial de Argentina, se agrega como conclusión: “Argentina fue potencia mundial”. Un verdadero contrabando ideológico pues queda sobreentendida la comparación con su deteriorada posición actual en el mundo. Aun siendo cierto lo de Argentina en el podio mundial del PBI por persona, la conclusión de “potencia” en aquel escenario, es un verdadero absurdo.

e).- Buscar tendencias únicas en el muy largo plazo resulta engañoso

Esto se produce cuando las curvas tendenciales y promedios de muy largo plazo se utilizan para encubrir fenómenos diferenciales en los diferentes sub-periodos. Por ejemplo, el supuesto deterioro promedio de largo plazo, esconde el crecimiento del sub-periodo 1945-75. Aun estando por debajo de los países centrales, de haber continuado a

ese ritmo, hoy Argentina detentaría un PBI por persona equivalente al de Italia o España.

f).- No tiene en cuenta el impulso inicial y su posterior agotamiento

El análisis de los 70 años supone al crecimiento anterior como algo “natural”. No tiene en cuenta la existencia de un origen a partir de un definido impulso inicial (big push), suscitado en las últimas décadas del S. XIX, donde confluyeron fenómenos tales como:

- Un territorio de vastas dimensiones geográficas (8ª en el mundo);
- La ampliación de la frontera agropecuaria (campaña del desierto);
- El inicio de la exportación de granos y carne en gran escala;
- La creación de una vasta infraestructura (ferrocarril);
- Inmigración en gran escala;
- Democratización de la educación.

Estos factores, jugando de manera simultánea e interrelacionada, en un breve espacio de tiempo causaron un gran impacto en el crecimiento. Pero no así en la distribución del ingreso que fue muy regresiva. Y como todo impulso, décadas después, agotó sus efectos con graves consecuencias. Un fenómeno muy similar a lo sucedido en países como Estados Unidos y Rusia, con similar impulso inicial. (Curso 2017 - Punto 3.3.1.).

Incluso en Argentina, fue mucho más limitado respecto a otros países. Y lo adjudicamos a la distribución en la propiedad de la tierra derivada de la expansión de la frontera agrícola. En lugar de realizarse de manera redistributiva (p. ej., el caso de EE.UU.), se efectuó de manera altamente concentrada, dando origen al fenómeno del latifundio y provocando una fuerte limitación de la producción agropecuaria hasta la década de los '70 del siglo XX (ver Sector Agropecuario en el curso del 2019)

7.- Mitos y contradicciones de los recursos naturales

El resultado de todo esto genera una contradicción permanente donde conviven, de manera simultánea el mito del país rico por sus recursos naturales con un alto grado de vulnerabilidad, crisis recurrente y deterioro de largo plazo. Justamente originados en el predominio de la explotación de recursos naturales.

Y con un efecto político central: el deterioro del contexto económico, social, ambiental e institucional, impidiendo adoptar decisiones autónomas, es decir, definir la propia orientación de la política económica en el actual y futuro contexto mundial.

Esto será el eje del análisis del siguiente capítulo, sobre política económica, a partir de la hipótesis de enfrentar problemas, generados no por la orientación de políticas coyunturales, sino por la existencia objetiva de gravísimas deformaciones estructurales impidiendo adoptar decisiones autónomas en materia de objetivos nacionales.

Traducido a los términos de la política actual, significa: los obstáculos enfrentados por la actual administración, son los mismos de la era Macri, periodo en el cual ya habían provocado resultados opuestos a los anunciados en todas las temáticas socioeconómicas: pobreza, inflación, inversiones, etc.

Y más grave que la existencia de esos problemas, es el hecho de haber sido ignorados a lo largo de la historia, y por todos los gobiernos, representativos de las corrientes políticas mayoritarias actuales. Y se refleja en las consignas políticas. En lugar de señalar la existencia de deformaciones estructurales objetivas y realizar propuestas e intentos

para quebrarlas, ponen el acento en la responsabilidad exclusiva del “otro”, por ese problema.

Un planteo que por ahora goza de aceptación generalizada dado el entorno cultural (educativo, mediático y publicitario). En ese contexto, el summum de la acción política se resume en la búsqueda de culpables de “carne y hueso”. Pruebas al canto, en las elecciones de Octubre del 2019, entre los dos partidos que fundamentaron sus campañas en señalar con énfasis “la culpa es del otro”, recolectaron el 90 % del total de votos.

Mientras persista esa actitud negacionista respecto a la existencia objetiva de deformaciones estructurales, la posibilidad de eliminarlas a fin de crear condiciones para adoptar decisiones autónomas en objetivos nacionales, no solo es difícil, sino prácticamente imposible.

Gráficos adjuntos:

- Anexo I
- Anexo II

En ambos casos recomendamos revisarlos en pantalla y no sobre papel.

Colocar primero el navegador (Chrome, Firefox, etc.) y sobre él, arrastrar con el mouse cada archivo gráfico.

Lic. Daniel Wolovick

Córdoba, Abril de 2020